

ELENA LEDDA
BARCELONA

Sentada en un taburete con un zumo de melocotón en la mano, Ayan mira a sus amigos que juegan al billar. Tiene 22 años y es de la provincia oriental china de Zhejiang. Sus dos amigos y una amiga, enfrascados en la partida, también rondan los 20 años. Es una noche de un sábado cualquiera en el bar Snooker del Eixample barcelonés. Desde hace más de un año, el local –premio FAD de arquitectura en 1985– cuenta entre sus clientes habituales con muchos jóvenes de origen chino. Los chinos se mueven en grupo, en sintonía con la máxima maoísta *tuánjié jiù shì lìliang* (la unidad es la fuerza), pero ahora ya no es solo para ganar dinero, también para disfrutar y gastar.

«En China también se está dando un fenómeno parecido con los jóvenes ricos, que siempre salen y gastan. Pero la manera de salir aquí y allí no es la misma», explica el periodista Zhang Xin, director de la sede barcelonesa del diario *Qiao Sheng Bao* (La Voz China). «A los chinos nos gusta mucho el juego, especialmente en grupo», añade. «Son precisamente las actividades de diversión en grupo las que refuerzan los vínculos comunitarios. No solo se divierten juntos, sino que fuman y beben juntos», explica Joaquín Beltrán, antropólogo y profesor de estudios de Asia Oriental de la Universidad Autónoma.

En la sala de fumadores del Snooker destaca el verde de las seis mesas de billar y de las lámparas que las iluminan. Ayan, sentada junto a una de las mesas, sonríe tímida y no contesta cuando se le pregunta por qué suelen ir allí. Su amiga Carrie, de 23 años, en cambio, deja un momento la partida para decir, con cara pícarra: «*Wei le shenghuo*» («venimos aquí para vivir la vida»). El billar ejerce un gran atractivo para los jóvenes. La mayoría son veinteañeros, vienen de la provincia oriental de Zhejiang y pertenecen a la segunda generación de inmigrantes. Hablan castellano y catalán con los «extranjeros» y su idioma entre ellos.

Sus propias reglas

De las seis mesas que tiene el bar, cuatro son de billar americano, una de billar francés y una –más grande– de snooker. «Al billar francés los chinos no sabemos jugar, a snooker jugamos como todo el mundo y para el billar americano tenemos nuestras reglas», cuenta Lee. Tiene 19 años, es de Wenzhou (Zhejiang), lleva más de 10 años en Barcelona y es un cliente habitual del bar.

«Hay dos diferencias fundamentales con respecto a cómo juegan aquí», añade. «Si entra la bola blanca, nosotros solo tiramos una vez [en lugar de dos]. Luego, si tiras y entra la negra, ganas tú».

Lee vive en el Poble Sec y estudia Empresariales en la Autónoma. Además, trabaja en el almacén de bazares de su padre, en las afueras de la ciudad. Gasta casi la mitad de su sueldo en ropa de marca. «Me gusta tener un estilo propio», dice. Entre sus firmas favoritas están Diesel y Dolce & Gabbana. Lee cree que



» Los juegos de cartas también apasionan a los jóvenes chinos.

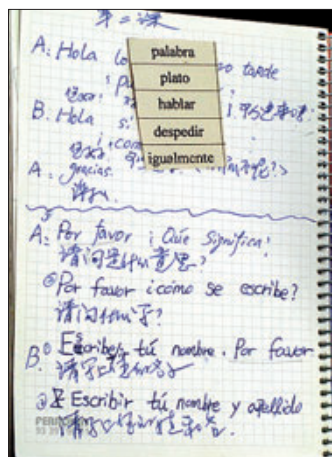
«El restaurante es un punto de encuentro. Siempre estamos trabajando y el único rato libre lo tenemos por la noche y lo aprovechamos para relacionarnos en la cena. Además a los chinos nos encanta comer», cuenta Lidan. Tiene 30 años y llegó aquí hace 18 junto con su familia. Estudió Derecho en la UB y hoy es directora de Puente China-España, una entidad que ofrece servicios a empresas en todo tipo de relaciones comerciales bilaterales.

Lidan define su manera de pasarlo bien como *light*. Le gusta ir al cine (las películas americanas son sus favoritas) y leer. Los escritores que más le gustan son el chino Li Hau y el español Ramón Tamames, economista y autor de *Siglo de China*. También le gusta la ropa «aunque tengo poco tiempo para ir de compras», dice –y, sobre todo, la comida. «Donde más gasto es en restaurantes. Me encanta probar siempre nuevas gastronomías», cuenta. «Ahora empiezo también a cuidarme más y voy al peluquero y a la esteticista, pero aquí no hay tan buenas como en China. Allí entras a un centro y sales nueva». Los fines de semana, Lidan cuando puede sale con sus amigos por Catalunya. Cuando se queda

La sociedad de consumo está empezando a introducir entre los chinos comportamientos que tienden al individualismo

en Barcelona siempre se encuentra con que sus amigos chinos han organizado una cena. Además del juego, el estudio del español es otra excusa, para los recién llegados, de juntarse entre ellos y de acercarse a una cultura tan diferente con respecto a la suya. «Muchos chinos nos reunimos en casas particulares», cuenta Zhang Xin. «Yo por ejemplo no voy nunca a discotecas porque la música está demasiado alta. Prefiero el ambiente de las teterías pequeñas donde también escuchas música, pero muy suave», añade.

«Si en general no hay muchos chinos en los lugares de baile es porque a ellos les gusta mucho el pop chino, al que nosotros somos ajenos», aclara Beltrán. Como Zhang Xin, muchos chinos prefieren las casas de los amigos a los lugares públicos. «Cada fin de semana se escoge una casa y vamos allí a cenar», cuenta Zhang Xin. «Siempre hay karaoke y jugamos a póquer o a mahjong» (un juego de fichas para cuatro jugadores que parece vinculado directamente con el oráculo que consultaban los adivinos chinos hace miles de años). Tras ser considerado ilegal durante las décadas maoístas, desde 1998 se considera deporte oficial. «Casi todos los chinos sabemos jugar», afirma Zhang Xin. Muchos bazares chinos venden el conjunto de fichas del palo de dragones, flores, puntos cardinales, números, discos, bambús y estaciones, tanto en su versión pequeña como en la completa de 136 piezas. Así pueden jugar todos juntos. ■



Apuntes de castellano» El estudio del idioma local es, a menudo, motivo de reunión entre ellos.

si todavía no se ven apenas chinos en la noche barcelonesa es porque «muchos no conocen bien la ciudad y no saben dónde hay fiesta». Él, en cambio, lleva casi toda su vida en la ciudad y sabe bien cómo moverse. Le gusta ir a bailar música house a la discoteca El Cielo con sus amigos de aquí, nadar, jugar a pimpón y pasar sus ratos libres en los cibercafé.

«La sociedad de consumo inevitablemente está empezando a introducir una serie de comportamientos que tienden al individualismo y esto es realmente novedoso para los chinos», afirma Beltrán. En la plaza de Tetuán hay uno de estos espacios dedicados al juego virtual. Está regentado por chinos y la mayoría de los clientes son muy jóvenes. Allí pueden encontrar los juegos que más les gustan en su idioma.

Cuando vuelve a China, una vez

al año, Lee aprovecha para ir a los sitios que están más de moda entre los jóvenes: los KTV. Hay por lo menos uno en todas las metrópolis chinas. Son grandes discotecas en las que, alrededor de la pista de baile, hay puertas que encierran otras minisalas. Los amigos se reúnen y reservan para la noche uno de estos espacios. «Si vas con 10 amigos, te puede salir a 1.000 euros entre todos una velada», afirma Lee. Con ese presupuesto se tiene derecho a un dj, todas las bebidas que se quieran, comida y, sobre todo, lo más codiciado por los chinos: el karaoke.

«Les gusta mucho cantar y hacerlo en público, ya que así lo pueden compartir con los amigos», explica Beltrán. En Barcelona hay un karaoke en el restaurante Pato Pekín, considerado por ellos mismos como el mejor de su gastronomía de la ciudad. «Allí es donde vamos a celebrar las bodas», explica el periodista Zhang Xin. El restaurante se encuentra en el Puerto Olímpico y en él se puede saborear tanto la deliciosa cerveza china Tsingtao como el *huoguo*, la *fondue* típica de Sichuán. «Comer e ir al restaurante para nosotros es un acto social y una forma de salir y disfrutar», dice Zhang Xin.